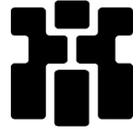




Disponible en www.sciencedirect.com

Estudios de Historia Novohispana

www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/novohispana/novohispana.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Obituario

Entre las *aguas vivas* y el *carro de fuego*: semblanza de Alfonso Martínez Rosales (1949-2017)

*Between the living waters and the chariot of fire: A biographical note
on Alfonso Martínez Rosales (1949-2017)*

Hay inúmeros colegas en el oficio de historiar que son excelentes profesionistas, pero no todos logramos el difícil equilibrio entre conservar la persona y sobrevivir la personalidad. Alfonso Martínez Rosales, quien murió en la madrugada del martes 18 de abril, durante la Octava de Pascua de Resurrección, era precisamente de una madera vital de la que ya no hay; dueño de una vocación a prueba de fuego –persona única e irrepetible–, antes que poseedor de una profesión con personalidad “reconocida” era un “terciario” de la historia con voluntad de servicio. Ajeno a las adulaciones y el protagonismo, se enorgullecía de ser un hombre de a pie y compañero de banca. En realidad, este recio y travieso potosino, pertenecía a una generación que es difícil se repita en esta era de inundación informática y eficiencia académica pero carente de juicio y tradición. Nació, vivió y murió en/por/para su tierra natal: la ciudad de San Luis Potosí, la urbe minera, desértica, levítica y virreinal que conocía palmo a palmo, documento a documento, como pocos de sus hijos. Más aún desde dos dimensiones que casi nadie atraviesa al alimón: la espiritualidad de su pasado y la materialidad de sus espacios. Esto solo ocurrió debido a su sólida y profunda formación jurídica y religiosa, archivística y memoriosa, sendas credenciales que le permitían explorar los significados profundos de sus monumentos y personajes.

Pero el legado más trascendente del doctor Martínez Rosales está en su docencia personalizada de tantos años, lo mismo en el aula formal como en la tertulia informal, desde el claustro de profesores de El Colegio de México hasta el entrañable salón de lectura de la Biblioteca “Ricardo B. Anaya”, repleto de libros antiguos, en la neoclásica Casa de la Acción Católica de la ciudad de San Luis Potosí. Lo mismo en los recorridos de historia viva andando las calles y plazas de las ciudades mexicanas, un ejercicio de locomoción imparale e intenso. Sus urbes y villas favoritas eran, además de su querido San Luis, la de México, Puebla, Atlixco, Salvatierra, Pátzcuaro, Querétaro, Lagos y San Miguel (creía que adentrándose en ellas se podía palpar todavía el régimen de repúblicas entre españoles e indios y rememorar la vida pública de sus instituciones y la espiritual de los intramuros o clausuras). En sus cascos antiguos veía cómo el urbanismo dejaba de ser una utopía ortogonal y se metamorfoseaba en una “traza procesional barroca”, articulada y jerarquizada por la fiesta o el rito.

Mediante estas lecciones, de ciudadano de a pie, por los rincones de patios y sacristías (nunca le gustó manejar vehículos) demostraba que para ejercer el buen magisterio no es necesario matricularse

en la ventanilla de la escolaridad, tan solo ser recibido en la antesala de la amistad y mantener un trato continuo y personalizado. En esto, en la conversación y en la trasmisión del oficio, Alfonso fue pródigo, desprendido y acertado, incluso radical. Por eso el tiempo muchas veces le dio la razón, sobre todo, cuando los ímpetus juveniles de sus alumnos no entendíamos el sentido profético de muchos de sus juicios o apreciaciones expresadas a rajatabla. Dueño de una prosa correcta, estructurada y personalísima, gracias a su faceta de latinista, se sentía con absoluto derecho para enderezar nuestras deficiencias (“sacar el bisturí”, decía) y señalar las de otros tantos colegas reconocidos, no con el afán de exhibirlos, sino para tomarlos como *exempla virtutis*. Por esa pulcritud en la escritura y en sus capacidades como editor había otro tanto que aprenderle en el oficio; de ello se desprende que en su currículum figure la dirección con esmero, puntualidad y entrega de la revista *Historia Mexicana* por más de un lustro con el apoyo de otro de sus alumnos: Carlos Macías Richard.

Dicen que nadie es profeta en su tierra y en parte la sentencia es correcta, mas no determinante: Alfonso Martínez Rosales lo fue dentro y fuera de sus linderos, desplazándose a otras latitudes y con miras a establecer vínculos nacionales e internacionales. Ya desde su etapa como funcionario, al ser nombrado director fundador del Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí en 1978 (tomaría posesión formal en 1979), mostró, antes que otra cosa, que sin la salvaguarda del patrimonio documental no había posibilidad de formar historiadores locales. Su trabajo al frente del acervo resultó fundamental pues rescató del olvido y la destrucción los legajos que hoy lo convierten en uno de los repositorios más ricos del país. Entre cajas humedecidas y mohosas, Alfonso recogió los “papeles”, como afectuosamente les llamaba, que tras ser restaurados y catalogados (el visitante curioso se percatará de su buena mano en los catálogos manuscritos) sirven, al día de hoy, para la consulta de las jóvenes generaciones de investigadores. El conocimiento, la transmisión y la valoración del archivo serían una vocación-profesión que honraría a lo largo de su vida. Incluso, desde las páginas de la revista que tanto quiso –*Historia Mexicana*–, dedicó un artículo a esta institución de la que, hasta el último de sus días decía, “era la gran cosa”.

Su aventura académica lo llevaría en 1975 a El Colegio de México, para cursar un doctorado cuyo grado recibiría con honores. En el seno de esta institución sus inquietudes hallaron eco y apoyo en otra figura de enorme reciedumbre vocacional: el doctor Elías Trabulse Atala, su director. La excelencia de su tesis, aplaudida y reconocida por muchos (particularmente por otro grande que recientemente partió y al que don Alfonso admiró y respetó: el maestro Jorge Alberto Manrique), le permitió obtener una plaza de profesor investigador en dicha institución, misma que, desde 1982 y hasta 1999, desempeñaría a cabalidad y con su estilo, formando investigadores y construyendo conocimiento con su peculiar método teórico-práctico. Esa etapa le permitió conocer muchos lugares dentro y fuera de México, siguiendo la pista de inquisidores, predicadores, obispos, funcionarios reales, historiadores, o de potosinos ilustres y los no tanto, siempre buscando vincular su tierra natal con un pasado virreinal común y, al hacerlo, dar cuenta de la vastedad de la Monarquía Hispánica desde un observatorio regional. Sus obras serían visionarias en ese sentido de ida y vuelta y hoy su vigencia resulta innegable.

Su libro *El gran teatro de un pequeño mundo. El Carmen de San Luis Potosí, 1732-1859*, del que el propio maestro Manrique escribiese una magnífica reseña en el boletín editorial de El Colegio de México, fue solo el preámbulo de una serie de trabajos que, de a poco, irían conformando las piezas del complejo rompecabezas del San Luis novohispano. Hoy, esa obra es una lectura fundamental para quienes pretenden asomarse al San Luis Potosí dieciochesco y monacal. Pero no solo su obra sobre el Carmelo potosino lo retrata como el gran historiador que fue para la ciudad; sus investigaciones abordaron un sinnúmero de temáticas artísticas y sociales que hoy son referencia y piedra de toque. Así: los tesoreros oficiales reales, la hacienda de la Tenería –entre otras haciendas–, los Dragones provinciales, los santos patronos jurados de la ciudad, los gigantes que embellecían a su paso las procesiones de carnaval, la gramática Pame (de la que se sentía especialmente orgulloso de haber publicado, pues en ella trabajó junto con su hermano, Salvador, artífice de la paleografía), la desaparecida Merced, la negritud y su movilidad social en San Luis Potosí (cuyo tema preparó y actualizó para presentarlo en lo que hubiese sido no más reciente conferencia el pasado 25 de abril, misma que, horas antes de dejarnos, encargó fuera leída para “que no se modifique el programa establecido”. Pues siempre, hasta el último de sus alientos, se preocupó por su trabajo y respetó al máximo las actividades académicas), la biblioteca del colegio de la Compañía de Jesús de la ciudad y el ilustre jesuita mexicano, Francisco Xavier Clavijero, fueron tan solo algunos de los temas sobre los que escribió con esmero y

Download English Version:

<https://daneshyari.com/en/article/7551122>

Download Persian Version:

<https://daneshyari.com/article/7551122>

[Daneshyari.com](https://daneshyari.com)